

Un pianista en vuelo, en plena evolución

Pablo Espinosa

A partir de la filosofía budista y de su intenso trabajo personal, la doctora suiza Elizabeth Kübler-Ross, quien trascendió el 25 de agosto de hace cinco años, estableció:

Cuando hemos realizado ya nuestra misión en este plano terrenal, es el momento de abandonar nuestro cuerpo, de manera semejante a como le nacen alas a la crisálida, deja el capullo y vuela, libre, la mariposa que retorna a casa, donde continuamos creciendo espiritualmente, con nuestros seres queridos y rodeados de un amor infinito. Es una nueva manera de existir.

La noción de trascendencia adquiere así alcances que rebasan la mera metáfora.

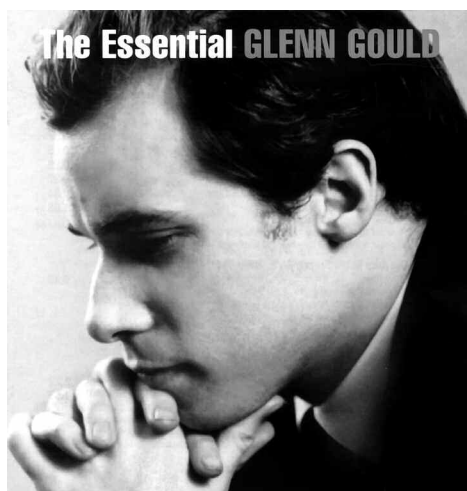
Cumplida la misión, el efecto permanece y fluye con el paso de los días, como un caudal interminable. Si el trabajo se ha realizado bien, la bondad de las acciones se escancia de una manera asombrosa, aun cuando la persona que infundió tal energía positiva no esté ya físicamente presente.

Tal cualidad está al alcance de todas las personas, al fin y al cabo todos somos budas en potencia.

Hay entre esas personas, algunas cuya misión se hace presente y con mayor intensidad en el transcurso del tiempo, más todavía que cuando ejercieron el bien durante su tránsito terrenal. Mozart, Mahler, Bach, Dalis.

Todo esto permite un punto de vista diferente a los legados de las personas, cuya obra les sobrevive y crece con el tiempo.

Surgen entonces las generaciones que sí pueden entender a otros cuyos coetáneos ni siquiera sospecharon la grandeza de la obra de muchos incomprendidos en su tiempo, valorados en la posteridad.



Mendelssohn redescubrió a Bach dos siglos después de que el maestro de capilla fue feliz escribiendo música a raudales sentado en la cocina de su casa, rodeado de sus hijos, su mujer, papel y lápiz. Gustav Mahler tuvo conciencia del destino postergado de sus sinfonías (“mi tiempo llegará”, decía). Mozart ocupó venturosamente su corto tiempo de vida en ser feliz, amar a las mujeres, redactar en el cerebro maravillas y escribirlas vertiginosamente, como vivió.

El caso del canadiense Glenn Gould es igualmente apasionante y asombroso.

Después de un segmento de su existencia dedicado a las salas de concierto, aclamado, celebrado, mimado y vitoreado, decidió apartarse del mundo para acercarse al mundo: un buen día decidió que ése era el último concierto que ofrecería y en adelante se encerró en un estudio de grabación.

El resultado es un prodigio: pilas de discos que son piedra de toque de generaciones de melómanos, degustadores de los placeres terrenales en conexión con la parte divina de todos los seres vivos, como Dalis.

Glenn Gould, considerado en consenso como el más grande pianista de la historia, teniendo en cuenta que las glorias de Liszt al piano no quedaron registradas fonográficamente, vislumbró con claridad la herramienta de la naciente tecnología.

Ésa es una de las razones, no la más profunda por supuesto, por la cual grabó las *Variaciones Goldberg*, esa obra de Bach definitiva, en el inicio de su carrera —de hecho es su disco seminal— y regresó a ella de manera póstuma, teniendo en mente el avance de la tecnología en esos veintisiete años que mediaron entre su *ortho* y declinación.

La razón fundamental por la que Gould volvió a grabar las *Variaciones Goldberg* fue su fascinación por esa obra, cuyos misterios no terminan de develarse en el transcurso del tiempo.

Más allá de la invención del sonido estereofónico, del avance en la sensibilidad lograda a través de micrófonos y cintas magnetofónicas, fue la dimensión arquitectónica de la partitura, sus correspondencias matemáticas, su evolución interna que superó por igual a Fibonacci que la noción de la estructura áurea.

Una manera de sopesar el proceso evolutivo, la forma como crece el legado visionario de Glenn Gould es la aparición de más y más grabaciones discográficas, en coincidencia con aniversarios luctuosos, vitales y efemérides de vario linaje.

El álbum más reciente de Glenn Gould apareció hace apenas unas semanas bajo el título *The Essential Glenn Gould*, en dos ediciones distintas: la primera en una caja de dos discos y la otra en uno solo, ambas bajo el formato antología y por encima de otros logros que persiguen las recopilaciones o cernidos: traza una línea

clara, sencilla y rotunda de los gustos, trayectoria, personalidad interior y sobre todo la asombrosa claridad expresiva, sus frases insólitos, su manera de decir más allá de todas las eras.

Una dimensión donde se trasciende el plano en el que espacio y tiempo dejan de ser meros referentes para convertirse en guías.

No en balde la primera crítica que se imprimió en un periódico luego del debut del joven Gould, cuando grabó, en 1955 su primera versión de las *Variaciones Goldberg*, lo recibió con esta frase: “un pianista guiado por la divinidad”.

Los veintisiete años de producción de Glenn Gould quedan entonces condensados en esta novedad bibliográfica, mientras que el recorrido completo se puede gozar en *The Glenn Gould Edition*, un cubo que contiene todas las grabaciones de este pianista increíble. Una pila interminable de discos forma sus obras completas. Una nube.

La antología reciente inicia con el aria y variaciones 1 a 7 de las *Variaciones Goldberg*, en la versión que grabó Gould en 1955. Ese disco uno del álbum doble culmina con el *Aria da capo* de la grabación póstuma de la misma obra, en un *tempo* tan lento, parsimonioso, sabio, que establece una diferencia de 13 minutos más de duración que la versión juvenil. Tanto tiempo de distancia no es casualidad, sino causa efecto de toda la sabiduría adquirida en tan sólo veintisiete años.

Todo ese primer disco está dedicado a las interpretaciones históricas que convirtió en improntas el pianista canadiense a partir de las partituras de Johann Sebastian Bach. De hecho se trata de una idea asociada, indisoluble: si decimos música para teclado de Bach, decimos Glenn Gould.

He ahí la gloria de los preludios y fugas de *El clave bien temperado*, la gracia alada del *Concierto italiano*, las delicias de las *Suites inglesas*, las *Invenções en dos y en*

tres partes. Difícilmente habrá otro pianista después de Gould que logre identificar su estilo personalísimo con la música de gran peso específico, tan rotunda y plena, tan dueña de su propia identidad, que es la música de Bach, que cura.

Cierto, no es el único. Los grandes intérpretes de Bach al piano abundan. Pero la unicidad de Gould tocando Bach es uno de esos misterios develados que cambian el mundo para bien. Uno escucha a Bach interpretado por Glenn Gould y si voltea alrededor notará un ligero aumento de luz (*Licht! Mehr Licht!*, como gritaba Goethe).

El segundo disco abre con una sonata de Scarlatti, un autor cuya presencia sorprende en el catálogo del pianista que nos ocupa. Enseguida aparece otro de los momentos sublimes de este álbum: la *Pavana* y la *Gallarda* de Orlando Gibbons, ese contemporáneo de William Byrd que aparece también como otra sorpresa para muchos, coherencia para otros, en el repertorio de un pianista, en cuanto Gibbons no es precisamente apreciado como un autor “pianístico”.

Esa libertad de albedrío en Gould es otra de sus virtudes mayores. Si bien Bach es su emblema y aun en la polémica se le acepta como un autor cercano siempre, el pianista adopta, anida, acoge y cultiva partituras que no le atraen por su belleza exterior, que es como muchos intérpretes y escuchas suelen elegir sus preferencias, sino por el pulso interior, por la belleza intrínseca de músicas que dicen más que lo superficial, por el misterio escandido en la profundidad poética de la belleza verdadera, que es la belleza interior.

Un sentido supremo de curiosidad, instinto, percepción fuera de serie, guía a Gould en caminos sorprendentes y nos descubre otras maneras de escuchar, no solamente otras maneras de interpretar la música, sino de concebirla, de entenderla, assimilarla, amarla.

Así por ejemplo, la razón por la que Glenn Gould decía que su autor favorito era Orlando Gibbons, era la misma por la que se comprometió por completo por toda la música para teclado de Arnold Schoenberg.

Y es que al igual que la obra de Mahler, Berg y Gibbons, Glenn Gould veía a Schoenberg como “un compositor que representa el fin de una era”.

Él, Gould, precisamente fue el encargado de cerrar una era e iniciar una nueva. Nos descubrió una nueva manera de escuchar música. Un maestro del arte de evolucionar.

Su carácter excéntrico, su fisonomía, su manera de conducirse en la vida, todo en él conforman un icono venerable.

En los distintos filmes que se han rodado en su memoria, con materiales grabados en vida, se vislumbran esos aspectos: siempre forrado de ropas gruesas: un gran abrigo negro, bufanda, gorra, guantes, siempre las manos enguantadas. Cuidaba sus manos más que a las niñas de sus ojos. Es legendaria ya la escena de sus manos sumergidas en una vasija con agua caliente antes de acometer las teclas.

Es entrañable escuchar sus grabaciones, las notas sublimes de Bach que él vuelve aún más sublimes, y junto a esa música de ángeles el rechinado de su sillita que cargaba a todas partes y que cuenta la leyenda, porque todo en Gould se confunde entre la leyenda y la realidad, que amaba esa silla, rota y remendada, vuelta a romper y vuelta a remendar, porque se la regaló su padre. Una silla pequeña que daba más ternura a su imagen de niño concentrado en descubrir prodigios, en hacer magia.

Y junto a esas notas celestiales y el rechinado de su vieja sillita frente al piano, el canto sin palabras de Gould, sus guturaciones graves, como un coro de ángeles rotundos sobrevolando el prodigio que sucede abajo, donde teclas de marfil, oscuros bemoles, pedales fríos y arpa interior candente, hace nacer el universo en cada compás.

Un sentido supremo de curiosidad, instinto, percepción fuera de serie, guía a Gould en caminos sorprendentes y nos descubre otras maneras de escuchar.

Canta Gould, suena Bach y uno sonríe, exulta. Se eleva.

Aunque hay escuchas que detestan que Gould cante mientras toca el piano. Y les revienta que la sillita chirrie. Cada quien.

Lo cierto es que la iconoclastia, la irreverencia, la libertad son elementos mágicos que conforman el atractivo irresistible de este intérprete guiado ciertamente por la divinidad.

Y si uno degusta las grabaciones de las *Variaciones Goldberg* y de otras obras en DVD, podrá disfrutar (o en su caso repudiar) la danza de grullas en apareamiento que hace el pianista mientras toca el piano, gutura o canta, hace chirriar su silla y danzan los arcángeles sobre su testa y junto a sus manos: la izquierda vuela lenta, hace gárgolas, esferas, fumarolas, movimientos coreográficos mientras la derecha teclea, se desliza como sobre patines sobre las teclas graves. Vaya espectáculo tan fascinante. Vaya forma de convertir una música que el mundo creía conocer, en algo nuevo, y cada vez más nuevo, así se trate de la ocasión número veintisiete mil que ponemos el mismo disco a retumbar: las *Variaciones Goldberg* grabadas en 1955 y en cuanto termina ponemos las *Variaciones Goldberg* grabadas poco tiempo antes de que este hombre trascendiera el plano terrenal para continuar evolucionando. De manera que sí, en efecto, es la ocasión número veintisiete mil que ponemos el mismo disco, pero si prestamos atención nos percatamos que es en realidad la primera vez que escuchamos, porque es Glenn Gould quien está al piano, es el maestro del arte de evolucionar quien nos enseña a escuchar siempre por vez primera todo.

Iconoclasta según algunos. Hombre libre según los más. Tan libre que se permitió grabar todas las *Sonatas* de Mozart con el propósito de demostrar que “Mozart no murió muy temprano sino muy tarde” y hay quienes se toman en serio esa humorada, porque ¿de qué otra manera es posible interpretar a Mozart si no se cuenta con un sentido del humor más allá de lo convencional?

Basta escuchar esas grabaciones para encontrar al verdadero Mozart sin que siquiera Gould se jacte de interpretar “al verdadero Mozart” pues ya se encargó de



Glenn Gould

desolemnizarlo todo, de hacerlo mozartiano, con la broma que pocos entendieron.

Y entonces sí, con el alma y el corazón y los oídos ahora sí verdaderamente abiertos, escucha uno las bromas de Mozart, las carcajadas de Volfi, su bellissimo desmadre en un ritual de encantamiento, que es la manera como Glenn Gould interpreta a Mozart en sus momentos más sublimes, tiernos, celestiales, íntimos: de la misma manera como una mujer se desnuda lentamente.

He ahí entonces, así como con la música de Bach, que nos pinta un mural al que sólo le falta título: “El hombre entabla contacto con la divinidad”, en el caso de Mozart este retrato gigantesco se titularía: “He aquí, señores y señoras, un retrato cabal de la condición humana. No es necesario que hagan aspavientos”.

Porque si suenan las bromas, los juegos matemáticos, las invenciones libérrimas, es porque enseguida sonarán pasajes abismales, situaciones claroscuros, por igual la reflexión que la tristeza, lo mismo la risa que la sensación de volar, un baño de agua tibia que puede enfriarse, o calentarse más. De manera que nadie necesita decirse experto en escuchar a Mozart porque conoce las *Sonatas* como las grabó Alfred Brendel, o como las registró Mitsuko Uchida o cualquier otro maestro mozartiano. Nadie necesita hacer aspavientos para degustar, conocer a profundidad, disfrutar, deleitarse con la música de un autor libérrimo, iconoclasta, feliz: Volfi Mozart, un espejo de la personali-

dad muy interior de Glenn Gould, lo cual es mucho decir.

Y es mucho decir porque a los músicos, así se trate en este caso de un intérprete de música, se les encasilla, encajona, acojona con epítetos, motes, compartimentos estancos.

Baste citar un par de aproximaciones extremas a la personalidad intrínseca de Gould, a su más profundo ser, para sellar un último juicio aventurado, lleno de aventura: dos autores “de culto”: Don De Lillo y Thomas Bernhard escribieron sendas obras maestras tomando la honesta persona de Gould como protagonista.

Como contexto, hay también quienes aventuran que la extraña personalidad de Gould se debía a un padecimiento que en realidad nunca tuvo Gould, pero hay quienes dicen que, siempre supuestamente, sufría del Síndrome de Asperger, que consiste en una suerte de indolencia, de no percibir estados emocionales ajenos, lo cual es a todas luces un despropósito monumental. Nada de autista hay en el efecto devastador, la empatía soberana que establece Gould con sus escuchas, aun muerto.

Junta hipersensibilidad, pasión y un talento maravilloso: he ahí a Gould, una persona extremadamente singular que en el momento en que completó su misión terrenal empezó su vuelo.

Pongamos en vuelo la pila de discos sobre el tornamesas: se tornan nube.

Entonces volamos, somos libres. Evolucionamos. **U**